

El integracionismo latinoamericano de Antenor Orrego

The latinoamerican integrationism
of Antenor Orrego

*Elmer Robles Ortiz*¹

RESUMEN

El presente artículo tiene el propósito de analizar los principales aportes de Antenor Orrego sobre integración latinoamericana, para cuyo efecto se han analizado sus obras fundamentales. El objeto de estudio comprende ideas y hechos del pasado, relacionados con procesos en curso. Se alude a la integración en los campos político, económico y social, educativo y cultural. El problema se inscribe en el ámbito de la filosofía del desarrollo y de los estudios de prospectiva.

La temática es actual. Tiene correspondencia con nuestro tiempo puesto que los países de América Latina, incluido el Perú, participan en diversos organismos integracionistas. Es de interés no sólo para los especialistas en este campo y para los diversos escalones del sistema educativo, sino para la ciudadanía en general.

Por la naturaleza del tema, su conocimiento ha sido posible gracias al acopio de información bibliográfica y al análisis de contenido mediante la investigación cualitativa o explicativa en el aspecto histórico-social. Ello implicó poner en práctica la evaluación externa e interna del fenómeno estudiado a través de fuentes escritas.

Palabras clave: Integración, América Latina, Pueblo-Continente.

ABSTRACT

This article aims to analyze the principal contributions of Antenor Orrego about the Latin American integrationism, for this reason we have analyzed their fundamental masterworks. The main objective of study includes ideas and past facts events related to ongoing processes. This refers to the integration in the political, economical, social, educational and cultural fields. The problem is made in the developmental philosophy field and the progress and prospective studies.

The topic is currently now. Actually, it has correspondence with our time because the Latin American countries and Peru included participate in several integrationist institutions. It is of interest not only for specialists in this field and also to the various steps of the educational system, and to the general public citizens.

For the nature of the subject, its knowledges have been made possible through of the bibliographical information and analysis of content through the qualitative or explicative investigation in the social and historical aspect. This involved implementing the internal and external evaluation of the phenomenon studied through written sources.

Key words: Integration, Latin American, Pueblo-Continent.

¹ Doctor en Ciencias de la Educación. Profesor del Departamento de Humanidades de la UPAO. Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Trujillo. Miembro de la Sociedad de Historia de la Educación Latinoamericana, del Grupo de Investigación HISULA (COLCIENCIAS) y de la Sociedad de Investigación Educativa Peruana.

INTRODUCCIÓN

La interdependencia planetaria, la integración de pueblos y la mundialización de las relaciones entre países son megatendencias de nuestro tiempo. Ocurren en diversos lugares de la tierra. Se marcha de la comunidad local o de base hacia la comunidad internacional. En este horizonte, la conformación de bloques regionales no es un fin en sí mismo, sino un medio para alcanzar el desarrollo y la justicia social dentro de un régimen de libertad, democracia y paz.

En el espacio de América Latina actualmente se realizan procesos de integración tanto de ámbito regional cuanto de alcance subregional, unos son de índole política y económica, principalmente, y otros del área educativa y cultural. Para tales efectos, ha surgido diversidad de organismos entre los cuales es imperiosa una pronta y efectiva coordinación, a fin de acrecentar el ritmo unionista y evitar superposiciones y el burocratismo enervante.

Uno de los grandes intérpretes de la realidad de América Latina y precursor de su integración fue el filósofo, maestro y escritor Antenor Orrego (1892-1960). Desde una perspectiva intelectual situada por encima de dogmatismos y alejada de todo colonialismo europeizante, este pensador realiza su labor en el campo de las ideas filosóficas, sociológicas, políticas, estéticas y educacionales. Con una nueva visión analiza el proceso histórico de nuestros pueblos para encarar los problemas y buscar alternativas de solución. Durante las primeras décadas del siglo XX, diversos acontecimientos políticos y económicos conmocionaron el mundo, lo cual repercutió en una expresión de la integración latinoamericana diferente a la grandilocuencia proclamada por las cancillerías, hasta entonces. Entre los nuevos estudiosos de la problemática peruana y latinoamericana, aparece Antenor Orrego que, al reflexionar sobre el destino de nuestros pueblos, trató de explicar los factores que, en conjunto, permitieran descubrir y trazar una fisonomía propia.

Afirma que la dinámica económica y política del mundo contemporáneo dejó atrás la vida de los pueblos aislados, para entrar al tiempo de los *pueblos-continente*. En efecto, por todas partes se configuran ahora grandes bloques de países como medios para alcanzar mejores condiciones de vida. Particularmente, en América Latina, nuestra patria grande, la integración es un imperativo histórico, un proceso irrever-

sible no obstante las dificultades para su concreción. Nuestro destino tiene un firme sentido continental, como conjunto indivisible. Orrego vio claramente que las fuerzas hegemónicas del mundo amenazaban con devorar a nuestros países, si los latinoamericanos no tomamos conciencia de integrarnos en una gran comunidad mental, moral, económica y política.

Analiza la enajenación de América Latina desde los tiempos de la invasión y conquista por Europa, continente que influye en este lado del planeta con sus doctrinas filosóficas y políticas. El liberalismo o pensamiento enciclopedista fue utilizado por los caudillos de la independencia, de cuyo personalismo brotaron las turbulentas facciones de los primeros años de la república. Después, el positivismo fue utilizado por tiranos mesiánicos que enarbolaron estandartes de “progreso” y “luces”, pero desgarraron cruelmente a nuestros pueblos. Según su pensamiento, necesitamos el aporte foráneo como ayuda, como método de clarificación, mas no como receta inflexible. América Latina ya no debe imitar servilmente a Europa como lo hizo antes, por el contrario, debe afirmar su identidad, su propia actitud original, que no es una vuelta al pasado sepulcral, sino una revelación o alumbramiento hacia el futuro.

Antenor Orrego aportó al integracionismo latinoamericano con una consistente fundamentación filosófica, antropológica, sociológica, política y pedagógica, dentro de un sólido marco histórico. Su *teoría de los pueblos-continente*, trascendió su tiempo, está vigente, es un valioso trasfondo conceptual de los procesos integracionistas en curso en América Latina y, por extensión, en todo el mundo. Fue expuesta en su libro *Pueblo-Continente. Ensayos para una interpretación de la América Latina*, fechado en 1937, escrito desde los años anteriores, y publicado por primera vez en 1939. Y en su obra *Hacia un humanismo americano* (1966), escrito por los años 50, aparecido después de su fallecimiento, ratifica y amplía su concepción integracionista. Su pensamiento es aplicado con más éxito en otros espacios, particularmente en Europa, que en el nuestro. Aquí, en nuestra patria grande, los pasos dados hasta ahora, aunque importantes, son lentos aún, no obstante los antecedentes que corren desde el periodo autóctono, siguen durante el dominio europeo, continúan con la emancipación, cuyo proceso transcurrió en un frente único contra las mismas fuerzas opresoras de ultramar, que se intentó cimentar con el Congreso de Panamá, y le siguieron, en el desarrollo

republicano decimonónico, diversos eventos continentales, hasta que alumbró el siglo XX, durante el cual, como ya había ocurrido en el anterior, se escucharon diversas voces llamando a la unidad, a lo largo y ancho de la vastedad latinoamericana.

Con tono profético, anota el autor de esta teoría: “Los pueblos latinoamericanos no llegarán al encuentro profundo de sí mismos sino a través de una grande y poderosa unidad en que reside la plenitud de su futuro. Hacia allí nos impulsa, también, como a los otros pueblos, el imperativo dialéctico de la historia”. (Orrego, 1995c: IV, 173).

A esta porción del continente, Orrego la denomina indistintamente Indoamérica y América Latina. También usa la expresión “nuestra América” para referirse a ella. En verdad, en el ideario orreguiano, el centro de su pensamiento americanista es América Latina. Vale decir, su americanismo es propiamente latino o indoamericanismo. A la otra América, a la del norte, representada por Estados Unidos, la llama América Sajona. Y porque Europa se estableció allí sin resistencia cultural –a diferencia de lo ocurrido al sur, en la América Latina– afirma que esa América es un *equivoco* de América, Estados Unidos es un *equivoco* de la americanidad, un pleonasma de Europa. Sin embargo, allí también está naciendo –como en el sur– un hombre nuevo, un pueblo del porvenir, yuxtapuesto a la América propiamente europea o sajona.

El presente texto aborda los principales ejes temáticos del pensamiento integracionista latinoamericano de este autor y lo conecta con sucesos del mundo contemporáneo. Después de la fase heurística, se hizo el análisis e interpretación de nuestro objeto de estudio en forma diacrónica. El tema no es sólo de interés para los especialistas, dirigentes de nuestros países, de los organismos de integración y del sistema educativo, sino de los ciudadanos en general, porque no se logrará concretar estos procesos sin la toma de conciencia por parte del pueblo.

1. INTEGRACIÓN POLÍTICA

El amauta Antenor Orrego encuentra un sentimiento de unidad en estado germinativo desde los inicios de la conquista o invasión del continente, como una reacción al dominio impuesto desde el otro lado del mar. Es más, sostiene que dicho sentimiento ya existía en la conciencia americana anterior a la llegada de los europeos. El choque de Europa con las

antiguas culturas del continente produjo la disgregación durante la colonia. La independencia recogió el mensaje de unidad, pero fue un intento fallido; sus formas políticas y jurídicas, trasplantadas de la Europa liberal, no lograron ser digeridas en nuestros pueblos. Producida la victoria independentista, nuestros pueblos perdieron la primera oportunidad de su unificación, cayeron en la dislocación, traicionaron su *intrahistoria*, “desmenuzándose en pequeñas repúblicas *independientes* que reprodujeron, con algunas variantes más fraccionadas todavía, en algunos casos las demarcaciones administrativas y burocráticas que trazó la inepticia de la monarquía madrileña”. (Orrego, 1995: II, 23). Imitaron el paradigma político de Europa. Como allá había múltiples Estados, acá sería igual.

Efectivamente, según su análisis, durante la edad media habían surgido en Europa culturas y gobiernos localistas. Ellos estuvieron ausentes de todo sentido de universalidad. El señor feudal poseía en forma absoluta los signos e instrumentos del dominio; en él residía el poder concreto, el poder de facto. La monarquía era una entidad abstracta en lo moral y jurídico; el soberano era, de igual modo, abstracto y débil en los aspectos políticos y militares. Este localismo constituyó, históricamente, una etapa ineludible y lógica del proceso de la cultura europea. La parroquia, la provincia o la marca territorial, es decir, la localidad, fue la célula política y cultural. La restricción de espacio físico tuvo su correlato lógico en la restricción del espíritu. Pero este espíritu medieval tuvo unidad y cumplió rol trascendente en la constitución del mundo contemporáneo.

Una unidad de mayor amplitud sucedió a la unidad celular parroquial. Quedó atrás la monarquía abstracta y advino la monarquía concreta y el nacionalismo. Recién, entonces, en el *soberano* reside el poder de facto, el poder concreto en la realidad política, económica y militar. Pero el clima del feudalismo se prolongó hasta la revolución francesa, pese a la conformación de las nacionalidades europeas en siglos anteriores. El espíritu feudal impregnó a la monarquía absolutista, de manera que dicho espíritu recién terminó en 1789. La aseveración “El Estado soy yo” es reemplazada por el *Estado es la Nación*. Y aunque con resabio parroquial, aparece el nacionalismo europeo. Desde fines del siglo XVIII, la cultura occidental adquiere sentido nacionalista, sin abandonar su limitación localista, cuya prolongación, con pequeñas ampliaciones de sus fronteras, alcanzó el siglo XX. La parroquia medieval ha sido el gran obstácu-

lo de la *unidad política y económica de Europa*, cuyo nacionalismo restrictivo condujo al mundo a grandes guerras. La beligerancia vivida por Europa ha obedecido a la tensión entre las fuerzas desgarradoras del pasado y las fuerzas dinámicas del porvenir, entre el patriotismo parroquial o nacionalista y el patriotismo unionista o *paneuropeo*.

Después de la tragedia de la segunda guerra mundial, los nacionalismos disgregantes han sido superados. Y aunque Orrego otea la tendencia paneuropea, formula la siguiente pregunta: “¿Serán capaces los pueblos europeos de abandonar la anárquica atomización política, jurídica y económica que los divide y responder al dramático y clamante llamado de la historia contemporánea, constituyéndose en el *Estado-Continente de la Unión Europea*?”. (1995: II, 156). Por cierto, con el nombre de Unión Europea, dichos pueblos han sido capaces en los tiempos actuales de acabar con su dispersión e iniciar su integración en un súper Estado.

Cosa curiosa, América Latina que infructuosamente imitó y copió innumerables veces ideas filosóficas y políticas del Viejo Mundo, ahora que allá se ha dado un paso decisivo en su unificación, aquí no miramos con la misma atención de antes esa experiencia que podría sernos útil en nuestro proceso integrador.

Este intelectual hace un estudio analítico del localismo y nacionalismo de Europa y América. Allá, a

pocos kilómetros de distancia, se encuentran diferencias en las formas de gobierno, la lengua, la religión, las costumbres, la raza y el espíritu. Aquí, desde hace siglos, el escenario está listo para encontrar el vehículo de unidad; así lo indican: a) el cruce de las distintas razas en su casi finales etapas de compenetración biológica; b) una lengua común, con excepción de algunas pequeñas áreas del Caribe, ya que el portugués del Brasil por ser una *lengua gemela del castellano* no constituye una barrera insalvable para la comunicación; c) una misma creencia religiosa, el cristianismo; d) una identidad en la historia y en la misión cultural; e) una economía y una producción de fácil complementación y coordinación en un cuerpo solidario; f) un nuevo y profundo sentimiento común y una concepción integral ante la vida. A todo lo cual se une la defensa frente a los peligros de la dominación imperialista.

En su argumentación, destaca que México y Buenos Aires, separadas por una gran distancia física, presentan una distancia psicológica menor que la existente entre París, Berlín o Londres, cuya separación en kilómetros es inferior al caso de las ciudades anteriores. Igualmente, la extensión histórica, política y etnológica es más grande entre las ciudades europeas nombradas que entre el río Bravo y el cabo de Hornos. Para precisar su estudio del nacionalismo y patriotismo, compara América con Europa.

PUEBLO, ESTADO Y NACIONALISMO

EN EUROPA	EN AMÉRICA LATINA
1. La frontera es, hasta cierto punto, natural, porque es la resultante de una realidad orgánica y biológica.	1. La frontera es la expresión de un simple convencionalismo jurídico, sólo una delimitación caprichosa; no obedece a las conveniencias y necesidades políticas, es ajena a las realidades espirituales y económicas de los Estados.
2. Los pueblos originan y construyen los Estados.	2. El pueblo es una gran unidad; los Estados son meras circunscripciones artificiales.
3. Pueblo y Estado son casi sinónimos, hacen referencia a las mismas realidades, éste es la expresión política y jurídica de la realidad económica, física y anímica de aquél.	3. Pueblo y Estado tienen un sentido diferente, a veces, antagónico; éste es una simple delimitación o convención que no designa una parte sustancial de la realidad.
4. El Estado fue una fuerza unificadora y constructiva; ejemplo, la monarquía francesa hizo de la dispersión y rivalidad de feudos un ente político y vigoroso.	4. El Estado es una fuerza atomizadora y disgregante.
5. El nacionalismo parroquial tiene que vencer grandes obstáculos naturales, históricos y biológicos para superarse y hacerse patriotismo paneuropeo.	5. El nacionalismo lugareño, el patriotismo restrictivo de cada Estado, no tiene ningún obstáculo natural, tradicional o atávico para elevarse a un nivel superior.
6. En cierto sentido, el nacionalismo restrictivo deviene de un sistema orgánico de coordenadas históricas, raciales, económicas y geográficas.	6. El nacionalismo restrictivo es el engendro del caos, del mundo inferior y abisal, de fuerzas ciegas y negativas, de carencia de un gran estilo político constructor y consciente de los supremos objetivos continentales.
7. En un momento, el nacionalismo fronterizo cumplió una gran misión histórica; sus raíces están sumergidas en la savia biológica de su crecimiento. La nación, como antes el feudo, fue una realidad educadora y constructora; un estadio necesario en el proceso cultural.	7. El nacionalismo parroquial es extranjero, ilógico y antinatural, una redundancia, por ende, un retroceso histórico, un paso regresivo; es el residuo impuesto por el calco irracional y servil de la vida europea.

Elaboración: Por ERO.

Afirma que las diferencias entre los pueblos latinoamericanos, por ser pequeñas y tenues, no logran perfilar individualidades aisladas como en Europa. “De norte a sur –escribe– los hombres tienen el mismo pulso y la misma acentuación vitales. Constituyen, en realidad, un solo pueblo unitario de carácter típico, específico, general y ecuménico”. (Orrego, 1995a: I, 164). Vale decir, el hombre de esta región del mundo, a diferencia del hombre de otros espacios, tiene un mismo patrón general de vida, una misma pulsación cósmica, un mismo destino histórico. En América Latina, si bien existen múltiples manifestaciones de su realidad, ella encierra un profundo sentido de unidad. Tal multiplicidad no implica disparidad o desconexión en sentido absoluto; la realidad exhibe concatenación de fuerzas sociales, políticas, económicas y culturales que perfilan un conjunto coherente.

Orrego anuncia una de sus conclusiones en los términos que corren a continuación: “Somos, pues, los indoamericanos el primer PUEBLO-CONTINENTE de la historia y nuestro patriotismo y nacionalismo tienen que ser un patriotismo y un nacionalismo continentales. Todo nos impulsa, visiblemente, hasta para los ojos menos zahoríes a constituir una cultura más universal que la europea”. (1995a: I, 165).

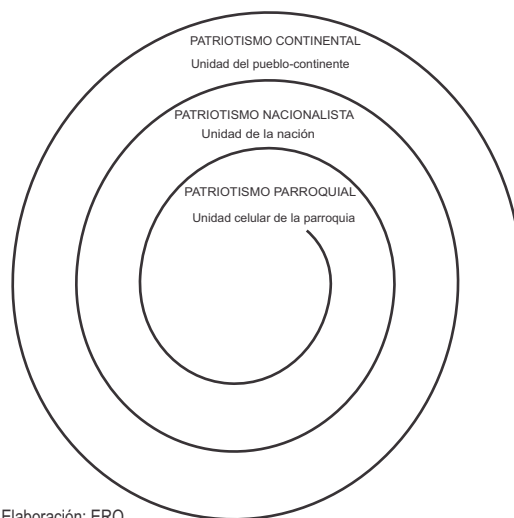
En su pensamiento, une el concepto geográfico “continente” a su contenido humano o concepto antropológico, sociológico y político “pueblo” que en América Latina lo encuentra con sentido coherente e inconfundible. El concepto resultante, “pueblo-continente”, indica que desde el río Bravo hasta el cabo de Hornos el pueblo es uno solo como se advierte de su contextura general, del sentido interno y profundo de su vida, el carácter unitario y ecuménico del alma colectiva, la compulsión dialéctica de su historia, sus grandes intereses políticos y económicos. Por la concurrencia de todas las progenies, por haber dado albergue a gente de todo el planeta, Latinoamérica, *continente-multitud*, ha originado a partir de la multitud un gran pueblo, un *pan-pueblo*, un *pan-mundo*, un *pan-universo*. “El pueblo indoamericano –anota– es la agrupación humana en grande escala más homogénea que existe hoy en el globo, salvo Estados Unidos, no obstante su diversidad original de sangres y, a medida que transcurra el tiempo, lo será más aún porque el proceso de su fusión se encuentra en sus últimos estadios de compenetración biológica”. (Orrego: 1995, II, 158).

Orrego es el creador del concepto *pueblo-continente*, usado ahora por distintos autores, aunque no siempre citen su origen. Tal el caso de Felipe Herrera cuando se ocupa de la *vigencia de los pueblos-continente* y escribe: “Estados Unidos, Rusia o China son prácticamente pueblos-continente, es decir el producto de la integración de vastas zonas geográficas en las que, sobre todo en los casos de Rusia y China, se aglutinan y engloban, como también en la India, varias y hasta muy diferentes naciones”. Amplía y aplica esta idea al caso de los árabes, países africanos e indostánicos así como a Indonesia. (Herrera, 1967: 22 y 23).

El análisis orreguiano del proceso dialéctico del patriotismo europeo y latinoamericano, distingue tres dimensiones o niveles, que se desarrollan o expanden en forma de espiral desde la célula política parroquial o local hasta el ámbito continental. Esquemática y gráficamente lo expresamos como sigue:

- 1º *Patriotismo parroquial*: Pequeña dimensión, feudo medieval europeo, unidad celular de la parroquia, provincia o localidad; prototipo, el de *Juan sin Tierra* (en Inglaterra).
- 2º *Patriotismo nacionalista*: Mediana dimensión, unidad de la nación, el Estado es la nación; prototipo, el de *Georges Clemenceau* (en Francia).
- 3º *Patriotismo continental*: Gran dimensión, patriotismo contemporáneo, unidad del pueblo-continente; prototipo, el patriotismo latinoamericano y la tendencia del patriotismo paneuropeo.

PROCESO DIALÉCTICO DEL PATRIOTISMO EUROPEO Y LATINOAMERICANO



Según su estudio, América Latina por impulso dialéctico va hacia su unificación, lo cual constituye un trance decisivo y vital, que la pone frente a la alternativa hamletiana del *to be or not to be* expresada así: “Anquilosamiento, regresión y muerte o ascensión biológica, vigencia histórica y continuación progresiva”. Sin embargo, multiplicidad de factores –como los ya anotados– favorecen la solidaridad, la mancomunidad y la unión, y por esa ruta nos encaminamos. “Pero no a una solidaridad romántica y discursiva, tema adocenado y vulgar de las cancillerías entre copa y copa de champagne, sino a la constitución de un vasto organismo concreto y tangible, de un organismo que rijan, en carne de realidad política, económica y cultural, nuestros destinos superiores”. (Orrego, 1995a: I, 167). Y pronostica que los organismos nacionales están destinados, por una imperativa fuerza dialéctica, por la energía inherente a su crecimiento, a discurrir en vastas agrupaciones continentales. Esos grandes organismos unitarios, concretos y tangibles tienen su expresión actual en la Asociación Latinoamericana de Integración, la Comunidad Andina, el Mercado Común del Sur, el Sistema de Integración Centroamericana, la Comunidad del Caribe, la Unión de Naciones Suramericanas, el Convenio Andrés Bello y otros más.

En forma de ratificación y ampliación de la alternativa transcrita líneas arriba, apunta: “En suma, podemos formular, esquemáticamente, la trayectoria futura de América Latina: *nacionalismo lugareño, regresivo, antidialéctico; nacionalismo atómico y parroquial a la europea, impregnado de la pugnacidad disgregante de la Edad Media. O nacionalismo continental, unitario, congruente, constructivo y de una más amplia pulsación cultural y humana*”. (Orrego, 1995a: I, 167). Según la lógica del pensamiento orreguiano, América Latina izará las banderas del nacionalismo continental cuya concreción estará dada por los organismos de integración, con lo cual se resuelve la disyuntiva arriba planteada. Los nacionalismos restrictivos de Europa pudieron afectar la conformación de Estados Unidos de América, disgregándolo, pero se impuso la coordinación federal, la vasta unidad económica, política, cultural y social, que es la primera agrupación continental históricamente exitosa. Los pueblos indoamericanos, por su parte, perfilan otra agrupación continental, que surgirá en un proceso de rebosante *integración universal*. En América existen, pues, dos pueblos-continente, Estados Unidos, políticamente ya expre-

sado, y el que corre al sur y está esperando su remate final político, jurídico y cultural en otra gran unidad, el *Estado-Continente de Indoamérica*.

El autor de “Pueblo-Continente” no agota su interpretación de las relaciones internacionales con la integración continental; avanza hacia el universalismo. Ciertamente, piensa que el mundo marcha hacia su unificación, por ende, le asigna a Indoamérica responsabilidad mundial de pensar, obrar y sentir en esa dirección. Avizó que la humanidad camina hacia el mestizaje racial y cultural, a la integración de instituciones sociales, políticas, económicas y religiosas. El propio proceso integracionista de nuestros pueblos debe tener ese norte, por eso habla del *gran estado mundial indoamericano del futuro*. Ya en 1936 percibió que los sucesos importantes de cualquier parte del mundo repercutían inmediatamente en la conciencia de los seres humanos de toda la tierra. Escribió entonces: “Cada país vive en función del globo entero científica, artística, económica y políticamente”. “En rigor del término, no hay ya acontecimientos locales sino acontecimientos de una extensa proyección universal. Cada hombre de hoy, cualquiera que sea su raza o su país, va siendo moldeado, en cierto modo, por el planeta entero”. (Orrego, 1995a: I, 177).

No podríamos decir que él hubiera anhelado el fenómeno actual de la globalización económico-financiera, en cuanto injusto y asimétrico, incompatible con su pensamiento, pero sí pensó en una etapa de acercamiento y unificación del mundo, en términos positivos para toda la humanidad, no en provecho de los menos y en perjuicio de los más. Vio al mundo en marcha hacia un todo más universal que en otras épocas; al hombre, también como un todo que vive en aquél conjunto mayor conectado a múltiples y nuevas incitaciones, a las que está obligado a responder plenamente con su ser: inteligencia, corazón, voluntad, su vida entera. Así, el aislamiento pertenece al pasado, es anacrónico. Son sus palabras:

El mundo es hoy más universal que jamás lo fuera en ninguna época de la historia. En su totalidad reclama íntegramente al hombre que tiene que conectarse a las múltiples incitaciones que le salen al paso. Ese áureo aislamiento de otras épocas no es sino hoy una fábula lejana, cuyo sentido o valía íntima hemos dejado de comprender y, desde luego, de sentir para siempre”. “El hombre contemporáneo es un todo que vive íntensamente en el Todo, y a esta exigencia funda-

mental de su ser tiene que responder con su inteligencia, con su corazón, con su voluntad, con su vida. (Orrego, 1995: II, 99).

Atentamente siguió el proceso internacional de los grandes bloques políticos o estados-continentes: Estados Unidos y Unión Soviética, así como de los países del occidente europeo que, a pesar de ciertos obstáculos, marchaban hacia su unificación. Sostuvo que el proceso dialéctico de la historia avanzaba más en América Latina; sin embargo, Europa alcanzaría antes la categoría de estado-continente, sin ser todavía pueblo-continente. En cambio, los latinoamericanos somos un pueblo-continente, desarticulado políticamente, llamado a convertirse en estado-continente.

Cuando Europa desplegaba grandes esfuerzos por su integración (1958), el escritor *André Malraux*, entonces Ministro de Información de Francia, se refirió a una nueva era abierta en el mundo con el nacimiento de los estados-continenciales. Nada más ni nada menos que la idea orreguiana expuesta desde muchas décadas anteriores.

Frente a la impotencia de los tribunales nacionales por defender los ahora llamados derechos humanos, abogó por la *Corte Interamericana de Justicia* con amplísima competencia en nuestros países, independiente de los gobiernos; tribunal capaz de proteger los derechos fundamentales e inalienables del hombre; paso decisivo en la consolidación de la democracia, la misma que debe surgir de nuestro auténtico proceso histórico, democracia como sinónimo de justicia social y económica, y compatible con la integración.

2. INTEGRACIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL

Según Orrego, América es síntesis de razas y culturas. Es el *nudo* o centro donde se han cruzado, confluído y conectado todas las sangres. América ha desempeñado la función de *osario* o *pudridero* de todas las progenies para convertirse en una *macrocósmica entraña* del porvenir. Aquí se ha producido la descomposición del indio, del europeo, del asiático y del africano, con su vuelta al caos primordial, al humus original, y luego se fundieron en este gigantesco *crisol telúrico*. Valúa al mestizaje como el camino de los pueblos, mas no lo estima como un objetivo. El mestizo o criollo surgido en nuestro continente es solo una forma transicional, un puente hacia un nuevo hombre, no es una forma biológica estable. En el hombre individual se

produce discontinuidad orgánica al morir y descomponerse, es decir, cuando se *desintegra*, lo cual no se da en los pueblos y razas. Ni en la naturaleza ni en la historia ocurren la muerte y *desintegración absolutas*; termina un ciclo pero sus formas de expresión encuentran un legatario y continuador en el porvenir. En América, muere y se descompone el indio y el europeo para que aparezca una nueva estructuración orgánica y espiritual, el hombre americano. Si se considerase la pureza de sus razas, en América no tendrían porvenir ni el indio, ni el europeo, ni el africano, ni el asiático; ellos son factores complementarios de una nueva conformación física y mental en proceso de afinación, en el cual no importa el color de la piel, sino el nuevo juego de fuerzas que se estructuran en el continente como un todo unitario y que será el instrumento de una nueva expresión del espíritu universal.

“La ruta de la integración” llama el pensador a este proceso iniciado mediante la descomposición de razas que tornaron al limo amorfo, y continuará hasta la recomposición de fuerzas en un todo unitario, que producirán el nuevo tipo de hombre de América. Dice textualmente: “Este proceso de desintegración y descomposición está en América, finalizando. Se encuentra en sus últimos estadios, y ha comenzado, también, el proceso correlativo de integración, de recomposición, de síntesis”. (Orrego, 1995a: I, 139). Pero esta integración no es solamente orgánica, sino también social y cultural. A través de ella, el continente se aleja de su pasado autóctono y europeo, y construye su porvenir. Orrego encontró evidencias de este pronóstico en las juventudes latinoamericanas contestatarias que pugnaban creativamente por dar el fulgor de su expresión propia; en estas nuevas generaciones vio realizarse la asimilación, la conjugación, la *digestión* telúrica y cósmica de las dos culturas que colisionaron aquí cuando se produjo el *desgarrón histórico* y la invasión por el mundo que vino con Cristóbal Colon. Esta digestión ha durado siglos para hallar las vías adecuadas de transmitir su mensaje, en un *nuevo conjunto homogéneo y unitario*.

Los pueblos de todo el globo, arrastrados por fuerzas biológicas superiores, en obediencia a sus hondos designios de continuidad vital, se dieron cita en América, buscaron confluír en esta tierra *para superarse e integrarse recíprocamente*. Largo tiempo ha transcurrido desde que se inició esta caldera cósmica que está originando una nueva realidad humana en el mundo. Leamos sus palabras:

Desde hace cuatro siglos todas las razas están derriéndose en la hoguera de América. Para ayer, necesaria fusión disgregativa; proceso de integramiento y de reconstitución, para mañana. El ojo miope y retrasado no ve sino el caos, la heterogeneidad momentánea y epidérmica, de la cual casi no puede hablarse sino en pretérito, puesto que ha comenzado el proceso de integración. El indio, el blanco, el asiático, el negro, todos han traído su aporte y se han podrido o están acabando de podrirse en esta inmensa axila cósmica, para libertar sus respectivas superioridades integrantes que harán el *hombre americano*, cumplido ya para el porvenir de la humanidad. (Orrego, 1995a: I, 149).

Dice que no fue una casualidad que el indio peruano haya tenido el signo de la *pacha-mama*, la madre-tierra, fuente de vida y nutrición. Pero observa que en toda Latinoamérica, como en ninguna otra parte, el hombre se encuentra pegado a la tierra, por ello escribe:

Y el signo de la *Pacha-Mama* es, también, el signo del destino latinoamericano. Aquí el abrazo de todas las razas ha sido más apretado, más estremecido y más estrecho que en ninguna parte del planeta; aquí han venido todas las sangres a hundirse y abrirse en el limo fecundante de la tierra; a entremezclarse para curar la hemofilia del mundo y, aquí será, también donde la multitud, con poderosa fuerza de su gravitación, revierta la jerarquía hacia sus funciones conductoras y directoras; aquí volverá el árbol humano a nutrirse desde sus raíces hacia la copa, desde el *nadir* hasta el *cenit*. (Orrego, 1995a: I, 220).

Nuestro filósofo usa el término *integración* en el sentido orgánico o racial, primero, y de allí se eleva al campo social y cultural; todo lo cual, en su pensamiento tiene correlato de carácter político y económico. A la integración de América Latina le antecede pues, paradójicamente, la desintegración producida en las entrañas del inmenso osario continental. En su libro *Pueblo-Continente*, Orrego –como antes José Vasconcelos– le da a la palabra *integración* el temprano significado que ha adquirido en las relaciones internacionales y de interdependencia del mundo de hoy. Y utiliza indistintamente los vocablos “integración” y “unificación” o “unidad”, con el mismo sentido.

Los latinoamericanos –afirma– debemos elaborar una doctrina política y económica, de acuerdo con nuestras realidades y posibilidades, lejos de pensar en un mesianismo que nos conduciría al desastre, como tantas veces ha sucedido en nuestra historia. Enton-

ces, considera incuestionable la unificación de nuestros esfuerzos e intereses económicos en un organismo que defienda e incremente nuestra producción. En tal sentido, las zonas libres de comercio serán los pasos previos para estructurar la unificación en el *mercado común latinoamericano*, dentro de una futura unidad de mayor amplitud, política, jurídica y cultural.

Estuvo al día de los pasos del Mercado Común Europeo, del Parlamento Europeo y demás organismos integracionistas del Viejo Mundo y de otras áreas del planeta. Sostuvo que el mundo no puede subsistir fraccionado en pequeñas zonas aisladas, sino coordinando sus actividades económicas, por eso, lograda la unidad económica de Europa, su unidad política y jurídica estará a la vista. Observó que en Asia y África, como entre los árabes, diversos países se afanan por lograr la solidaridad de sus actividades productivas. Vio que los pasos en América Latina, por ser todavía indecisos y vagos, la podrían dejar rezagada, sin embargo, en ningún otro grupo de países es más apremiante su unidad económica, con mayor razón ante el surgimiento de grandes bloques en otros espacios del orbe.

Estuvo plenamente convencido de que el mundo ya no podía vivir, en lo sucesivo, circunscrito en pequeñas o grandes naciones cerradamente individuales:

La economía mundial se derrumba si no se constituyen y se coordinan los intereses y las necesidades de zonas extensas en unidades económicas poderosas. El autarquismo, que fue preconizado por los regímenes totalitarios, no solamente es un mito anticientífico, sino una falacia criminal que llevaría a los pueblos al suicidio. El signo de los tiempos es la coordinación de recursos y la convivencia de intereses de varios países de distinta índole, que lleguen a la mancomunidad regional en dilatadas áreas geográficas. La realidad cultural, territorial, antropológica y jurídica de América Latina, en una zona tan extensa que, en verdad, es un Continente, la presenta como la región más grande del globo en que puede hacerse, con éxito inmediato, un ensayo grandioso de esta naturaleza. (Orrego, 1995b: IV, 143).

Escribió que la idea del mercado común latinoamericano, le permitió a muchos ver claramente la urgencia de defender los intereses económicos de nuestros países, impulsar su desarrollo industrial aún incipiente y comprender que la región se constituiría en un ingente reservorio del porvenir.

Su pensamiento integracionista se mantuvo firme hasta el final de su vida. Y atento a los sucesos mundiales y su repercusión en nuestro pueblo-continente, anotó en 1959:

El apremio de la época nos empuja a coordinar y articular nuestra economía y nuestros considerables recursos. La constitución del primer mercado común europeo, nuestro enorme crecimiento demográfico, la necesidad imperativa de desarrollar nuestro poder industrial y nuestra riqueza para salvar la miseria y la ignorancia en que viven las grandes masas, son factores principales de esta nueva conciencia continental. Surge la urgencia de un mercado común latinoamericano. No podemos esperar por más tiempo la coordinación de nuestros recursos y de nuestros intereses económicos so pena de quedar rezagados y de prolongar nuestra miseria. (Orrego, 1995d: IV, 387).

Condenó al imperialismo y a la política entreguista de los gobiernos al capital extranjero. Observó que los países latinoamericanos, unos más que otros, no eran países interdependientes en relación con Europa y Estados Unidos, sino económicamente dependientes del imperialismo, hecho central de nuestra economía que subsistirá mientras vivamos aislados. Se impone entonces la estructuración de un Estado antimperialista para defender a las masas productoras y hacer posible nuestra independencia económica dentro del esquema de una América Latina integrada.

3. INTEGRACIÓN EDUCATIVA Y CULTURAL

Orrego hizo la disección del continente, lugar o crisol de todas las razas y culturas del mundo, donde se dieron cita fraterna y se fundieron recíprocamente. La integración de los pueblos y culturas, que convergieron en América, otorgan sentido cósmico al hombre de nuestro continente. Y este hombre, síntesis de todas las razas y culturas, es el que debe elaborar un mensaje cultural nuevo de honda orientación humanista y ecuménica. La fusión de los elementos culturales autóctonos con los europeos está tomando una nueva dimensión que hará visible en el futuro la nueva expresión cultural de América Latina en un conjunto homogéneo y unitario; cultura que no la lograremos copiando el aporte del pasado, ni tampoco imitando, como los simios, los ademanes ajenos, sino que será el alumbramiento original de nuestro propio ser.

Respecto a la copia del pasado, el maestro sostiene que el mensaje de América Latina para el mundo será una expresión hacia adelante; obra de creación y no de copia regresiva. El estudio y la comprensión del pasado ha de servir únicamente como alumbramiento del porvenir, como basamento del futuro. Y en relación a la copia foránea dice: “Europa nos ha educado y tiene aún que educarnos, pero, nosotros tenemos la responsabilidad de rebasar sus limitaciones inherentes, alumbrando, clarificando y definiendo nuestra misión histórica y humana. No es por el camino de la imitación simiesca que la cumpliremos, sino por el camino de la diferenciación y de la creación original”. (Orrego, 1995a: I, 165). Entonces, la tarea de América consiste en producir un nuevo tipo de hombre capaz de crear sus propios medios de expresión para revelarse ante el mundo y superar las realizaciones precedentes. América será como la *partera cósmica* de una cultura integral y de proyección ecuménica.

Ni pasadista ni chauvinista, combate la alienación, las posturas europeizantes. Sin embargo, acepta el pensamiento europeo como fuerza alumbradora, no como cartabón. Entonces, la expresión cultural deberá ser producto de nuestra creación. Ratificando sus ideas apunta: “Nuestro pueblo-continente ya no puede repetir la lección escolar que nos venía de Europa, lo suficientemente aderezada como para impedir y paralizar la iniciativa de nuestra propia autonomía mental”. (Orrego, 1948: 5). Considera que las aportaciones ajenas sirven solamente como fuerzas catalíticas que provocan, facilitan y despiertan la creación propia. América Latina ha vivido y vive envenenada por el esnobismo europeo. Por no haber penetrado hasta su propia alma, su vida ha sido superficial. *Continente-Reflejo*, ha deformado las imágenes proyectadas de allende los mares. Sus hombres cultos han sido tales por mimetismo libresco, no por asimilación o digestión.

Piensa Orrego que en todo el continente de modo general y en cada individuo en particular, existe diversidad de entonaciones anímicas, cuya dilucidación es fundamental para comprender el proceso íntegro de reconstitución en un todo unitario, congruente y orgánico. Este fenómeno lo explica mediante su *teoría del espectro o de la constelación horizontal antropológica*, mediante la cual distingue tres zonas de contacto en la composición étnica, biológica y psíquica de América Latina, desde las que tratamos de entender el mundo que nos rodea. Una es la *zona de la deflagración o del*

choque, donde las progenies indígena e invasora permanecen separadas y tratan de conservar sus elementos originarios. Otra es la *zona sepulcral o recesiva* en la cual se produce la influencia de los dos elementos, el nativo y el extraño, su infiltración mutua y desintegración; es la zona de mestizaje y de transición o puente entre dos mundos contradictorios. Y la *zona vital y orgánica* es la zona de la unidad y de la síntesis, de conjugación o recomposición. La primera y la segunda zonas están destinadas a desaparecer. La tercera es la que tiene porvenir, constituye la razón de la nueva vida del continente, en ella se resuelven sus contradicciones históricas.

Superadas las contradicciones, se habrá de producir un equilibrio articulado y desde esa zona (vital y orgánica) América irá hacia su *unidad cultural*, hacia su reencuentro, dejando la enajenación y evasión de sí misma acaecidas desde la conquista. La nueva cultura asentará sus raíces en el humus de la desintegración, desde allí se impulsarán los gérmenes vitales con los cuales “habrá de lograrse una distinta y más completa integración de la conciencia, del pensamiento y de la acción humana”. (Orrego, 1995: II, 152).

Ciertamente, con el impacto de la invasión, se desintegraron tanto la cultura autóctona como la europea. De esa doble desintegración está apareciendo, mediante el proceso opuesto, la nueva expresión, la integración cultural, cuyas manifestaciones, cuando alcancen su culminación, serán superiores a las precedentes y aisladas de sus progenitoras. Para esclarecer esta cuestión, Orrego elabora la *teoría de los gérmenes históricos*. Con ella analiza dos factores en toda cultura. Uno es el morfológico, material o visible y temporal (arte, tecnología, filosofía, literatura y modos de vida), que se extingue con el colapso o desintegración de la cultura en la que se originó. Y el otro es interno, espiritual, intemporal, la esencia invisible del proceso cultural y se expresa a través del anterior (el centro creador del conjunto de valores estéticos, éticos, religiosos y otros), que perdura aunque desaparezca la cultura donde se gestó y está predispuesto a resurgir en cualquier momento propicio.

Estas *esenciales culturales* constituyen –afirma Orrego– los gérmenes históricos que fecundan y originan otras culturas diferentes. En América, dichos gérmenes se agrupan en dos: los gérmenes históricos nativos y los foráneos. Pues bien, por la fusión dialéctica de ambos, se producirá el *alumbramiento de una nueva*

conciencia de unidad continental, y el nuevo hombre de nuestras tierras hará posible el *humanismo americano*, una cultura diferente a las anteriores que no omitirá los valores autóctonos o telúricos relegados, desde el coloniaje, frente a los valores europeos impuestos por la fuerza, extraños a nuestra realidad. Esta integración cultural o *integración mediante el intelecto*, implica el conocimiento mutuo de nuestros países porque no se puede unir lo desconocido, y en este empeño, la escuela a través de todos sus niveles jugará rol fundamental, y junto a ella, los medios de comunicación, los partidos políticos, los colegios profesionales, las sociedades científicas, los sindicatos de trabajadores, todas las instituciones influyentes en la opinión pública, también la familia, puesto que desde su seno es posible formar conciencia favorable al acercamiento fraterno de pueblos, en vez del distanciamiento por los nacionalismos agresivos.

Si América Latina, nuestro pueblo-continente, trata de liberarse del dominio económico, político y cultural, y dejar atrás el subdesarrollo y el colonialismo mental; si busca encontrarse a sí misma, definirse en sus características propias, esenciales y permanentes, el corolario resultante nos indica que ello sólo se podrá conseguir mediante el concurso de una educación sustentada sobre la base de una filosofía de la identidad y de la originalidad creativa, estremecedora de las conciencias y alumbradora del camino de redención social.

Los aportes orreguianos del área educativa forman parte, como un todo inseparable, del cuadro general de sus ideas filosóficas, estéticas y políticas. De su pensamiento fluye una educación para la toma de conciencia del surgimiento de un nuevo humanismo, de la singularidad cultural de América Latina, de las manifestaciones genuinas de su intelecto; una educación para que cada persona se comprenda a sí misma, a las demás y a los procesos de cambio del mundo; una educación para impulsar la integración de nuestro pueblo-continente. En este sentido, le señaló importante rol a las universidades que deberían desarrollar sus actividades de cara a la identidad y en función de la realidad de nuestros países. Él postuló un modelo de *universidad indoamericana* cuya misión sería la de estudiar los problemas y buscar sus soluciones, dilucidar el aporte cultural surgido de estas latitudes y señalar derroteros en procura de mejores condiciones de vida. (Orrego, 1947:8).

Con su pensamiento puesto en nuestras tierras, con una filosofía de la identidad, escribe el amauta: “Toda cultura, para ser ella misma, precisa entranarse en sus ingénitas raíces vitales. Un pueblo o una raza no llega a ser órgano de expresión histórico, mientras no penetra, con ojo buído, en la intimidad secreta de su propio ser. Intimidad que, por serlo, no puede prestarse a otro y que es inalienable en absoluto”. No obstante que el conocimiento es consustancial a la existencia y al ser, el hombre americano, no se ha conocido a sí mismo, ha ignorado este principio ontológico. Agrega Orrego: “América –lo repetimos– ha vivido extravertida, recogiendo la resonancia periférica del Viejo Mundo, como el infante que convierte en modelo a su padre. Nuestros pueblos han convertido en mueca los estilos ajenos, que buscaban un mercado de ideas y una proyección narcisista en ultramar, que se convertían por ello en mero reflejo, en deformación grotesca. De allí que América haya sido una vacua gesticulación, a la manera como el eco de una voz es la gesticulación cadavérica e hiperbolizada de la palabra viva”. (1995a: I, 153).

Entonces, América debe ir hacia su *americanización*, ser ella misma, no la copia de realidades ajenas, terminar con el espíritu extranjerizante, con el plagio y el mimo extraños a nuestro ser. Dejemos que lo diga nuestro autor: “Y esto es la *americanización*, el hecho inaudito que significa en la vida de un pueblo que éste llegue a discernirse a sí mismo, que alcance el fondo de su ser logrando la expresión de su alma, que salga de la “caverna” [alude a la caverna de Platón] –donde no percibe sino sombras–, a plena luz del Sol. Y esto no puede ser si no discierne entre las sombras y su ser esencial, entre los ecos y su voz viva; si no distingue entre los espectros de los otros y su inalienable intimidad”. (Orrego, 1995a: I, 154).

De este pensamiento de Orrego, se desprende lógicamente, la necesidad de educar para la toma de conciencia de la americanización.

Sólo mediante este proceso formativo, el pueblo será él y no otro, podrá penetrar en sus raíces vitales, en la entraña de su ser, llegar a distinguir la ficción de la realidad, señalar sus diferencias respecto a los demás, expresarse con sentido original, exteriorizar su identidad. Y como nuestro país es parte de América, la americanización lo incluye; así, en términos específicos se dirá que en el pensamiento orreguiano está presente la *peruanización del Perú*.

En su enfoque universalista, vislumbró multiplicidad de aspectos que los viviría el hombre del futuro, para lo cual América debería estar preparada, se centró en cinco dimensiones o *valoraciones de proyección capital*:

- 1º *Dimensión intelectual e histórica*, que resolverá conflictos de siglos en una totalización unitaria; se trata del dualismo entre la generalización y la especialización, entre la capacidad panorámica de la inteligencia y la capacidad concreta, entre el filósofo y el experto, entre el estadista y el técnico, fuerzas enfrentadas que rigen la historia y la mente;
- 2º *Dimensión fisiológica y étnica*, que consiste en el abrazo y fusión de todas las razas humanas, cuyo resultado será un nuevo tipo de hombre ecuménico;
- 3º *Dimensión política y social*, expresada en vastas síntesis de pueblos, que resolverán las antinomias de los nacionalismos aislados, negativos y atómicos del mundo;
- 4º *Dimensión ética*, que sustituirá los patrones morales rígidos, obstruccionistas de la superación espiritual, por una moral amplia, facilitadora de conductas expresadas mediante actividades flexibles; reemplazo de las morales negativas del “no hacer” y de la represión por las de carácter positivo del “obrar” y del “hacer”;
- 5º *Dimensión estética*, que se refiere a la expresión total del hombre y de la vida, en forma libre, en función de todas las estéticas particulares, de todos los temperamentos; una estética accesible a la comprensión, emoción, entendimiento y sensibilidad de todos los hombres de la tierra.

De estas valoraciones –según su autor– por lo menos dos se realizan ya de modo visible e indiscutible en América, son típicamente nuestras y con ellas participamos en la corriente histórica del mundo, abriendo una nueva etapa: la *dimensión fisiológica y étnica*, y la *dimensión política y social*, que serán la base material y sustancial de las otras valoraciones inmateriales e imponderables que deben sostenerse en ellas. Sin embargo, en todas subyacen las connotaciones culturales y educativas, que en el caso americano habrán de orientarse con sentido unitario.

Piensa que si no se combate la ignorancia y la incompreensión de una política de estilo continental o integracionista, América Latina quedará rezagada en el proceso de agrupación y colaboración de pueblos. Es clara, pues, la tarea propia de la educación.

El pensamiento de Orrego es un importante trasfondo conceptual de los actuales procesos de integración del pueblo-continente latinoamericano.



CONCLUSIONES

1. La interpretación de la realidad de América Latina, le permite a Antenor Orrego descubrir y trazar la identidad o fisonomía propia del conjunto unitario de pueblos de esta porción de planeta.
2. El pensamiento de Orrego proporciona una consistente fundamentación histórica, filosófica, antropológica, sociológica, política y pedagógica al integracionismo latinoamericano.
3. De sus aportes fluye la integración política, social, económica, educativa y cultural de los países latinoamericanos como un imperativo de su proceso histórico y dialéctico, y un medio para su desarrollo y defensa de sus intereses. De allí el apremio de articular nuestros esfuerzos, recursos y la producción en un extenso y poderoso bloque.
4. Su *teoría de los pueblos-continente* tiene sentido prospectivo y está vigente en las relaciones internacionales de nuestro tiempo, aplicable no sólo en América Latina sino en todo el mundo.
5. Dicha teoría es inseparable de otras dos, la *teoría del espectro o de la constelación horizontal antropológica* y la *teoría de los gérmenes históricos*, gracias a las cuales elucida el proceso cultural del continente que hará posible la integración de la conciencia, del pensamiento y de la acción en un humanismo americano.
6. Orrego hizo frente a todo tipo de colonialismo mental o alienación, a la imitación y copia de formulaciones del pensamiento ajeno a la realidad latinoamericana, y se ubicó en el proceso creativo para buscar una expresión propia.

7. La educación desempeña un papel fundamental en el proceso integracionista; educación sustentada sobre la base de una filosofía de la identidad y originalidad, que posibilite a cada persona conocerse a sí misma, a las demás, a nuestros países y a los procesos de cambio en el mundo. El pensamiento orreguiano conlleva una educación para la integración de nuestro pueblo-continente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Herrera, Felipe (1967). *Nacionalismo Latinoamericano*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- Orrego, Antenor. (1947). *Memoria del Sr. Dr. don Antenor Orrego, Rector de la Universidad Nacional de Trujillo, leída el día de la Apertura del Año Académico*. Trujillo, Perú.
- _____. (1948). "La teoría del Espacio-Tiempo-Histórico", en *Páginas Libres. Tribuna para las juventudes y pueblos de Indoamérica*. Lima, Año III, Nº 8, noviembre.
- _____. (1995a). *Obras Completas*, Lima, Editorial Pachacutec, t. I. *Pueblo-continente. Ensayos para una interpretación de la América Latina*. (1ª ed. Santiago de Chile, 1939; 2ª Buenos Aires, 1957).
- _____. (1995b). *Obras completas*, t. IV. "Mercados regionales y aislamiento colonial", en *Efigie del Tiempo, La Tribuna*, Lima, 09-05-58.
- _____. (1995c). *Obras completas*, t. IV. "Responsabilidad mundial de Indoamérica", en *Efigie del Tiempo, La Tribuna*, Lima, 05-07-58.
- _____. (1995d). *Obras completas*, t. IV. "Las zonas de libre comercio y el mercado común", en *Efigie del Tiempo, La Tribuna*, Lima, 18-07-59.
- _____. (1995). *Obras completas*, t. II. *Hacia un humanismo americano*. (1ª ed. Lima, Librería-Editorial Juan Mejía Baca, 1966)
- _____. (1995). *Obras Completas*, t. I. "El gran destino de América ¿Qué es América?", en *Amauta*. Lima. Año III, Nº 12, febrero de 1928. (Incluido en *Estación primera*, 1961).
- _____. (1995). *Obras Completas*, t. I. "¿Qué es una filosofía?", en *Amauta*. Revista de doctrina, literatura, arte, polémica. Nº 27, Lima, noviembre-diciembre, 1929. (Incluido en *Estación primera*, 1961).
- Robles Ortiz, Elmer. (2006). "Educación y universidad en el pensamiento de Antenor Orrego", en *Acta Médica Orreguiana Hampi Runa*. Facultad de Medicina de la Universidad Privada Antenor Orrego. Vol. 6, Nº 1. Trujillo, enero-abril.
- _____. (2010). "Vigencia y proyección de El monólogo eterno y Pueblo-Continente", en *Pueblo-Continente. Revista Oficial de la Universidad Privada Antenor Orrego*, Vol. 21, Nº 1, Trujillo, enero-junio.